

LA CATÁSTROFE CONVENIENTE

Los esfuerzos mediáticos de las organizaciones humanitarias han logrado poner de moda Darfur entre los políticos occidentales. Colin Powell, secretario de Estado estadounidense, Kofi Annan, secretario general de la ONU, el enviado de Javier Solana, Jack Straw, Michel Barnier, Joschka Fischer y Miguel Ángel Moratinos, ministros de Asuntos Exteriores de la UE, Gran Bretaña, Francia, Alemania y España, coordinan sus agendas y hacen cola para visitar Sudán el tiempo justo para tomarse la foto con alguna refugiada hambrienta y denunciar, rodeados de víctimas, la intolerable situación. Convencerles de la magnitud de la tragedia no ha sido fácil, pero los resultados de tan repentino interés son decepcionantes.

La crisis de Darfur comenzó hace más de un año y medio y representa la fase armada de décadas de tensiones entre comunidades ganaderas nómadas que se declaran árabes y agricultores sedentarios que se consideran 'africanos'. El barniz étnico encubre la lucha por las escasas parcelas cultivables y pasturas en una tierra asediada por el Sahara. En febrero de 2003, guerrilleros de las tribus africanas de Darfur iniciaron una revuelta contra bases militares y dependencias de la administración central dominada por la élite árabe. Jartum respondió con bombardeos indiscriminados y apoyo a la milicia Janjawid. Sus jóvenes fanáticos asolaron la región: pueblos incendiados, destrucción de cosechas, pozos y animales, asesinato y expulsión de civiles, violación de mujeres y niñas...

Sin embargo, George Bush y Kofi Annan necesitaron 14 meses, 30.000 muertos y un millón de desplazados para hablar públicamente de Darfur. El motivo oficial del premeditado silencio era no perjudicar las negociaciones entre el gobierno musulmán de la capital y los rebeldes cristianos y animistas del sur para poner fin a uno de los conflictos más largos del continente. Alegatos éticos aparte, intereses más terrenales ocultan la lentitud en reconocer este desastre. China, Francia, Rusia, Suecia y Canadá no quieren malograr sus contratos privilegiados con Jartum en materia de explotación petrolífera y venta de armas. EEUU desea que el acuerdo de paz con sus protegidos cristianos prospere para entrar en el mercado petrolero sudanés, vetado por sus malas relaciones con el país.

Pero resultaba ya difícil ignorar tantos refugiados y desnutridos en las pantallas. Desde que Powell aterrizó en Darfur en junio de este año la lista de visitantes ilustres y comitivas de evaluación es interminable. Nadie parece fiarse de nadie, todos quieren verlo con sus propios ojos y hacer su declaración frente a las cámaras, atraídos por la morbosa fascinación del espectáculo solidario.

¿Resultados de semejante revuelo? Un debate sobre si se trata de genocidio, limpieza étnica o sólo de una matanza a gran escala. Discusiones acerca de la conveniencia de una fuerza de paz de la ONU o de la Unión Africana (UA). Otro capítulo de la hipócrita teoría que persigue desentenderse de África argumentando que sus problemas sólo pueden ser resueltos por los africanos. Timoratas resoluciones y una amenaza de sanciones al régimen sudanés si en 30 días no desarmaba a la milicia.

Más que dar tiempo a Sudán, la reticente comunidad internacional se lo está dando a sí misma. Agotado el plazo, Jartum no ha desarmado a nadie y evitado las sanciones. Ha decidido participar en unas dilatorias conversaciones de paz en Nigeria y aceptado observadores de la UA, protegidos por soldados de otras naciones africanas temidos por la población por su falta de recursos y corrupción. Y, sobre todo, ha ofrecido a EEUU y Europa lo que andaban buscando: una catástrofe humanitaria. Las milicias siguen exterminando y destruyendo, pero el gobierno ha facilitado los movimientos de las ONG, la obtención de visados y mejorado la seguridad en los campos de desplazados.

Esto último es vital en la estrategia sudanesa: hacer los campos más seguros que las aldeas alimenta el crimen que asegura paliar al atraer a los civiles hacia ellos. También convierte al centenar de organismos de ayuda presentes en la zona en cómplices de la táctica militar de Jartum y de la estudiada parálisis política del resto del mundo, que escurre el bulto con grandes aspavientos.

Sigamos vaciando el mar a cubos. Disfracemos la guerra de catástrofe humanitaria y dejemos pasar más semanas, más muertos. Demos dinero a las ONG para que repartan arroz y enviemos más observadores a fingir que protegen a las víctimas. Y que los ministros sigan visitando Darfur, ajenos al hecho de que, lejos de mostrar su preocupación, tanta visita sólo pone de relieve su incapacidad.

Jordi Raich

Autor del libro: El espejismo humanitario

Septiembre 2004